

MIS DIFICILES ENTREVISTAS CON ADOLFO SUAREZ

Por Pilar URBANO

Mis entrevistas con el actual presidente, Adolfo Suárez, han sido todas muy difíciles. Es un hombre poco propicio al abordaje, a la declaración magnificada, al protagonismo del foco informativo. Una vez, lo recuerdo perfectamente, hube de telefonarle ¡treinta y dos veces! Suárez era entonces delegado del Gobierno en Telefónica y siempre sospeché que «para compensarme del gasto de fichas» me recibió una tarde en su despacho. Luego hablamos, en aquella misma ocasión, un par de horas. Fue una agradable conversación.

● En esta misma línea de hurtarse tenazmente a todo divismo, cuando le requerí como «hombre fuerte» del nascente U. D. P. E., me impuso la condición de entrevistarle en compañía de otros dos directivos (Becerril y Escrivá de Romani). «Compréndelo, Pilar, no quiero protagonizar nada ni que crean que U. D. P. E. soy yo... En absoluto.» Y la verdad es que en la entrevista llevaba, sin quererlo, la voz cantante. Es curioso, aun en aquel despacho de la Unión del Pueblo Español —esto era en julio del año pasado, en plena égriga de Franco— vi por primera vez un cuadro de Don Juan Carlos presidiendo desde una pared. Realmente, copresidida con el Cau-dillo.

Se trataba de una ampliación fotográfica en color del símbolo de «la comunidad»: Franco y el Príncipe de España, ambos de gala militar, presidiendo algún desfile desde la Castellana. En otro ángulo de aquella habitación, una bandera española. Adolfo Suárez vestía un elegante traje claro que yo calificué «color arena política» y camisa azul... palidecido. Sobre la solapa izquierda, un emblema en oro: el haz de flechas. Que, ciertamente, ya no llevaba el día de su discurso ante las Cortes, el pasado 8 de junio.

● La última vez que le oí hablar fue precisamente en ese Pleno. Su última frase, muy significativa en estos momentos: **UN MENDRUGO DE MACHADO: HOMBRE DE ESPAÑA, NI EL PASADO HA MUERTO** (podía aplaudir el «bunker» allí presente), **NI ESTA EL MAÑANA EN EL AYER ES-CRITO** (podían concebir esperanzas fundadas los reformistas aperturistas). El hemicycleo, que le había escuchado aguzando atención y oídos porque hablaba en tono muy bajo, le aplaudió con frialdad. Pero había gustado. Algo más: había sentido la necesidad del diálogo real, de la negociación. Un político de «izquierdas» me comentó ese día: «Suárez sabría hacer moler juntas, piedras distintas y llenas de aristas. El sabe poner fluidez en las asperezas...»

● La primera vez que hablé con Adolfo Suárez era en primavera, hace ya seis años. Ejercía entonces la Dirección General de Radiodifusión y Televisión. Yo iba a ver a su ministro Sánchez Bella. Entrevé mi espera contándole divertido sus tiempos de estudiante pobretón en Avila, y cómo se costeaba los estudios transportando bultos, baúles, maletas... en la estación. Como casualmente conocí a Fernando Herrero y Tejedor, y la historia de padrinazgo lealmente correspondido que se inició entonces.

● LA ORFANDAD DE HERRERO TEJEDOR.—Volví a estar con él —mejor dicho, coincidir juntos en el mismo lugar



La imagen es gráfica. El ministro parece reír a nuestra redactora. En los pasillos de las Cortes, un encuentro más, entre don Adolfo Suárez y Pilar Urbano. La fotografía no era para publicar. Era la oportunidad de Sanz Bermejo ante la curiosa escena.

y circunstancia— con ocasión de la muerte y exequias de Herrero Tejedor. Adolfo Suárez estaba abatido. Pero atendía con enorme cariño a la familia.

Se había quedado sin jefe, sin amigo, sin «padre... todo a la vez y no disimulaba». Días después le saludé en las Cortes, y aún tenía profundas ojeras. Estaba especialmente roto, especialmente hecho polvo. Especialmente huérfano. ¡Ya no era vicesecretario general del Movimiento. «Tu entrevista con Fernando Herrero —me dijo— estaba concertada para el día siguiente al de su muerte ¡...! El cuestionario que le enviaste se quedó justamente encima de su mesa en Secretaría General... Es todo demasiado tremendo.» Me parece recordar que me dijo algo así.

EN PASILLOS DE LAS CORTES

● En adelante, desde que fue designado ministro secretario general del Movimiento, siempre le veía en las Cortes, en días de Pleno. Yo hacía preguntas a ministros y ex ministros, a consejeros del Reino, a presidentes de Diputaciones... y todos se prestaban a responder mis encuestas. Todos, con una excepción: Adolfo Suárez. He de reconocer que el «regateo» de declaraciones empezaba a irritarme. Por entonces nos tuteábamos. Yo le decía: «Ministro, si todos fuesen como tú no haríamos periódicos; nadie diría nada.» Y él me contestaba: «Cualquier otro ministro puede hablar más fácilmente que yo. Pero el mío es un Ministerio coordinado. Compréndelo, Pilar. ¿Yo que más querría que satisfacer todas tus curiosidades... que son las mías y las de todos?» ¡Ah!, recuerdo perfectamente lo que le había preguntado: «¿Futuro del Movimiento-Organización? ¿Y de la Secretaría General?»

● En el pleno del 9 de marzo, cuando la ley de Relaciones Laborales, aplazada, brillaba por su ausencia, en el salón «ca-rillón» saludé al ministro Suárez. Como siempre, sonriente, amabilísimo, elegante en sus gestos, preciso en sus palabras... y huidizo para la entrevista periódica. «A ti, Pilar, te cuento lo que quieras de mil amores, y me cuentas tú también; pero a la periodista de ABC me da pánico: cualquier declaración mía puede abrir frentes de interpretación, cuando todo mi afán ahora se centra en mantener las máximas clientelas posibles, leales a la Corona.»

Y, después, paseando por el pasillo que accede al hemicycleo, le pregunto qué mecanismo de «radar popular van a utilizar "los dieciocho" de la Comisión Mixta de Reforma para saber lo que el pueblo quiere de verdad. Sorprendido, y llanamente, me contesta: «¿Es que yo parto de la base de que esta Cámara es representativa. Aquí, en las Cortes, se debatirán los proyectos de ley que el Gobierno envíe, y después el pueblo se expresará aún más directamente vía referéndum. Pero no hay vacío legal, ni de instituciones, ni estamos proyectando una reforma de laboratorio. No partimos de cero. Precisamente por ello estamos utilizando los mecanismos existentes. Y uno, precisamente, son las Cortes.»

● Hace algo más de un mes, el día de su nombramiento, elegido en terna, para cubrir la vacante de Eloya Olaso, como consejero nacional «de los 40 de Ayete», había revuelto en las Cortes por «el telegrama de Villaverde», «la retirada de Pinilla» y «la victoria del ministro». Hablamos por la mañana. Protocolariamente me dice: «Yo agradezco mucho a todos los que me han votado... pero no tengo nada que decir sobre el Consejo Nacional, ni sobre el futuro Parlamento. Está en el proyecto de ley de Reforma y prefiero no hacer declaraciones ahora. Buscaré un momento oportuno para hablar.»

● Pero a su tenacidad yo oponía mi tozudez. Por la tarde volvimos a encontrarnos. Sin rodeos, le espeté: «A propósito de oportunidad, ¿por qué no te presentaste a la primera elección de consejeros permanentes, y, en cambio, lo haces ahora? Tan ministro eras entonces como hoy...» Me mira, se echa a reír, agita la mano derecha, haciendo chasquear los dedos, y dice: «¡Mira que eres terrible! —pero en seguida tiene la respuesta "in voce"—: Ahora lo he considerado políticamente conveniente. Antes, no. Entiéndase que yo no "me he presentado", como dices, sino que varios consejeros me dijeron que patrocinaban mi candidatura. Las dos primeras veces rehusé. Y esta vez he aceptado. Eso es todo.»

Más tarde, desde mi coche pequeño de jornalera de la pluma, le vi salir del Palacio. Por la ventanilla le hice el gesto de la V con los dedos. El sonrió y vocalizó, a esa distancia: «¿A-M-I-G-O-S?»